

LA CRUCIFIXIÓN [296-297]

33ª Meditación – Cuaresma 2021 – (DÍA 45)

“El único libro que hay que leer es la pasión de Cristo”. (San Pedro Claver)

“Tengo aparentemente muchos amigos que aseguran amarme, pero en el fondo me aborrecen, porque no aman mi cruz, tengo muchos amigos de mi mesa pero muy pocos de mi cruz”¹. (San Luis María Grignon de Montfort)

“Nada hay tan necesario, tan útil, tan dulce ni tan glorioso como padecer algo por Jesucristo”².

“Santificarse es padecer”. (San Alfonso)

¡El Calvario! ¡La cruz! He aquí las dos palabras más trágicas que se ha oído en el mundo, y que resuenan hoy aún tan vivas como el primer Viernes Santo.

No es el lugar, no es el instrumento de suplicio lo que le da el sentido profundo, sino la sagrada víctima que está ahí inmolada. Y pues Jesús es de ayer, de hoy y para siempre, su sacrificio es también permanente.

La tragedia no sólo es humana, sino que, a pesar de ser la más humana que jamás ha existido, es también divina, es Dios que padece y muere por el hombre.

“De esa cruz exhala un aliento celestial, que nos hace olvidar todos los objetos terrenales y enciende dentro de nosotros un santo deseo de dejar todas las cosas, para emplear todos nuestros afectos en amar al Señor que ha querido morir por amor a nosotros”. (San Alfonso María de Ligorio)

ACTOS PREPARATORIOS

Oración preparatoria:

[46] La oración preparatoria es pedir gracia a Dios nuestro Señor, para que todas mis intenciones, acciones y operaciones sean puramente ordenadas en servicio y alabanza de su divina majestad.

1º preámbulo: La historia Jn 19,16. Mt 27, 31. Mc 15, 20. Lc 23, 26.

[296] DE LOS MISTERIOS HECHOS DESDE CASA DE PILATO HASTA LA CRUZ INCLUSIVE, JOAN, 19, 13-22.

1º Primero: Pilato, sentado como juez, les cometi6 a Jesús, para que le crucificasen, después que los judíos lo habían negado por rey diciendo: (*No tenemos rey, sino a César*).

¹ SAN LUIS MARÍA GRIGNON DE MONTFORT – *Carta a los amigos de la Cruz* – cap. Los dos bandos.

² *Ibíd.* – Cap. Que cargue con su Cruz.

2° 2°: llevaba la cruz a cuesta, y no pudiéndola llevar, fue constreñido Simón cirenense para que la llevase detrás de Jesús.

3° 3°: lo crucificaron en medio de dos ladrones, poniendo este título: (*Jesús Nazareno, rey de los judíos*).

[297] DE LOS MISTERIOS HECHOS EN LA CRUZ, JOAN, 19, 23-37.

1° Primero: habló siete palabras en la cruz: rogó por los que le crucificaban; Perdonó al ladrón; encomendó a San Joán a su Madre, y a la Madre a San Joán; dixo con alta voz: (*Sitio 110*); y diéronle hiel y vinagre; dixo que era desmanparado; dixo: (*Acabado es*); dixo (*Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu*).

2° 2°: el sol fue escurecido; las piedras, quebradas; las sepulturas, abiertas; el velo del templo, partido en dos partes de arriba abaxo.

3° 3°: blasphemánle diciendo: (*Tú eres el que destruyes el templo de Dios; baxa de la cruz*); fueron divididas sus vestiduras; herido con la lanza, su costado manó agua y sangre.

2° preámbulo: Composición de lugar:

Aquí será ver el tribunal de Pilato enfrente de él, la plaza llena de gente, el camino del Calvario y la cumbre de la montaña con la santa cruz.

3° preámbulo: Petición:

[104] Será aquí demandar conocimiento interno del Señor, que por mí se ha hecho hombre, para que más le ame y le siga.

CUERPO DE LA CONTEMPLACIÓN

I. LA CRUZ A CUESTAS

Pilatos ni siquiera pronuncia la sentencia de la condena³ y da la orden de preparar la cruz. La cruz, tan esperada por Jesús, cuánto había deseado tomar esa cruz en sus benditas manos, **“Ardientemente”** (Lc 22, 15). Si para los romanos significaba, como dice Cicerón, un *“horrendo y espantosísimo suplicio”*, que sólo podía ser aplicado a los esclavos, y para los judíos era señal de maldición e infamia: **“Maldito el que cuelga del madero”** (Gal 3, 13), para Nuestro Señor la cruz era un instrumento de bendición. El condenado a muerte en cruz era llamado *“cruciarinus”*. Desde ese momento, la cruz y Cristo, serían compañeros inseparables.

“Tomaron, pues, a Jesús, y él cargando con su cruz, salió hacia el lugar llamado Calvario, que en hebreo se llama Gólgota”. (Jn 19, 16-17)

La sentencia es ejecutada inmediatamente. Despojan a Jesús de aquellas insignias de burla y le cubren con sus vestidos. Los verdugos preparan sus instrumentos. Los soldados son puestos en fila. El pueblo va acomodándose para verlo pasar, o va yendo al calvario para buscar un “puesto”. Jesús baja a la plaza y encuentra tres cruces preparadas: la suya y las dos

³ La sentencia era “ibis ad crucem”; Pilatos dice: Mt, Mc y Jn: “lo entregó para que fuese crucificado”; Lc: “lo entregó a su voluntad a los judíos”

de dos ladrones que han determinado le acompañen en el suplicio, no para hacerlo más suave, sino para que resulte más aparatoso y deshonoroso. **“Fue tenido por malhechor”**. (Is 56,12)

El cielo también hace su preparación. El Padre celestial interviene ordenando a fines sobrenaturales todo aquello que los hombres preparan para su tormento e ignominia.

La santa cruz será el trono del reino de los cielos, el cetro de su imperio, la cátedra de la verdad, la fuente de la vida.

La vida cristiana se ha de reducir por entero a llevar la cruz. Así lo dijo Jesús de antemano: **“Quien quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame”**. (Mt 16,24)

Sigamos de un extremo a otro la vía dolorosa. Es larga, es cuesta arriba, es pedregosa, está toda ella sembrada de insultos y de blasfemias que brotan por todas partes. Jesús camina desfallecido, sin sangre y sin fuerzas, arrastrando sus pies y la cruz, y ya no puede más. Los verdugos le pinchan, y Jesús cae en la tierra una y varias veces.

Encuentro con la Santísima Virgen

“La Santísima Virgen se había colocado en un sitio donde pudiese ver a su Hijo al pasar, y a pesar del dolor que sufriría al verle, quiso verle. Ciertamente que Dios la ayudaba pero Dios no le quitó el dolor de este apasionado encuentro. Casi muerta de angustia al verle, no pudo emitir ni una sola palabra, ni el Señor a ella, porque los que le llevaban iban empujándole con prisa. La Virgen fue siguiendo a Jesús desde que salió del patio del pretorio hasta la colina del Calvario. Veía las armas a través de la gente apretujada; oía los gritos que daban a su Hijo para que se levantara del suelo. Tuvo que soportar en silencio las mentiras y las acusaciones injustas que hacían contra su Hijo. Virgen bendita entre todas las mujeres, que sufriste más que ninguna madre sufre. ¿Por qué saliste a la calle y te mezclaste entre aquella gente cruel y enloquecida? El amor de tu Hijo, es verdad. Pero ¿por qué quisiste añadir dolor a tu dolor buscando su encuentro? Quisiste consolarle; quisiste acompañarle hasta el final, hasta su muerte, Madre, hasta la tuya.

No le importó a la madre arriesgarse a ser insultada también por aquella chusma; quiso ver cómo era el comienzo de la salvación de los hombres; quiso ver la obra de Dios que había de recordar toda su vida con amor y admiración.

Todo el mundo abandonó a Dios menos su madre. En aquel momento todos le odiaban, insultaban, sin creer en Él, menos su madre, que sí le entendía, y le amaba como nadie en la tierra lo había hecho”. (P. La Palma)

Eia Mater, digámosle, fons amoris, me sentire vim doloris fac, ut tecum lugean. (¡Oh Madre, fuente de amor, hazme sentir tu dolor, haz que contigo llore!)

Simón de Cirene

“Y obligaron a uno que pasaba, a Simón de Cirene, que volvía del campo, el padre de Alejandro y de Rufo, a que llevara su cruz”. (Mc 15,21)

Un encuentro inesperado con la Cruz, involuntario, pero que seguramente luego se hizo voluntario, al contemplar los sufrimientos del condenado a muerte, y al entrever su inocencia en el modo de comportarse. Muy probablemente, aquí se haya convertido.

“Saludad a Rufo, el escogido del Señor; y a su madre, que lo es también mía”. (Rm 16,13)

II. LO CRUCIFICARON

“¡No te alejes de mí, que la angustia está cerca, que no hay quien me socorra! Novillos sin cuento me rodean, me acosan los toros de Basán; me amenazan abriendo sus fauces, como león que desgarrar y ruger”. (Sal 22, 12-14)

“Perros sin cuento me rodean, una banda de malvados me acorrala; mis manos y mis pies vacilan, puedo contar mis huesos”. (Sal 22, 17-18)

“Pero tú, Yahvé, no te alejes, corre en mi ayuda, fuerza mía, libra mi vida de la espada, mi persona de las garras de los perros; sálvame de las fauces del león, mi pobre ser de los cuernos del búfalo”. (Sal 22, 20-22)

Llegamos a la cumbre del Calvario. Pongámonos cerca de María Santísima, que nadie como ella sabe mirar, sabe comprender y amar.

Los soldados rodean a Cristo, que queda solo en medio con los verdugos. Estos comienzan a arrancarle a viva fuerza sus vestidos. El arrancarle la túnica interior pegada a las llagas, fue como renovarle los dolores de la flagelación. Más él, como un cordero a los pies del que le trasquila, calla sin ofrecer resistencia (Is. 53,7).

En su corazón habla con el Padre Eterno, diciéndole que por fin llegó la hora del sacrificio. Isaac, atado de pies y manos sobre el altar, había sido una imagen suya (Gn 22,9).

Los verdugos tienen preparada y extendida en tierra la cruz. Al oír Jesús la voz del verdugo que lo manda, se tira sobre ella. La Virgen Santísima seguiría cada uno de sus movimientos.

¿Cómo fijaron cada uno de los clavos en las manos y pies del Señor? Un verdugo pondría la rodilla sobre su pecho, otros mantendrían bien amarradas las manos y los pies, mientras el del martillo daría fuertes martillazos para atravesar los miembros con los clavos, largos y recios. ¡Cómo penetraría el hierro entre los huesos, nervios y venas, desgarrando la carne! ¿Quién podrá imaginar las convulsiones de dolor que causaría en todo el cuerpo del Redentor? Aquellos martillazos, mezclándose con los gemidos de Jesús, llegaban al corazón de su Madre y obraban en ella una crucifixión espiritual semejante en todo a la del hijo.

“Como agua me derramo, mis huesos se dislocan, mi corazón, como cera, se funde en mis entrañas”. (Sal 22,15)

Acabada la crucifixión, los verdugos levantan la cruz con grandes sacudidas, y la dejan caer de golpe en el agujero preparado en la piedra.

Jesús queda colgado entre el cielo y la tierra. Ve toda la multitud que llena la montaña del Calvario, y todos lo ven. Allá delante está Jerusalén, toda la tierra de Israel, su patria amada. Más lejos todavía el mundo entero. Él es la víctima de todos.

“Yo en cambio soy gusano, no hombre, soy afrenta del vulgo, asco del pueblo”; (Sal 22,7).

Un estudio realizado en la **Sábana Santa** revela:

“Los antebrazos del hombre están agujereados por un objeto punzante que atraviesa según algunos estudiosos, las muñecas a nivel del llamado “espacio de Destot”, según otros, la

herida atraviesa entre el radio y los huesos pequeños de la muñeca, estando en una zona más próxima a la palma de la mano, lo cierto es que este clavo dañó el nervio mediano, lo que le produjo la tensa flexión del dedo pulgar hacia la palma de la mano, apuntar que lo más habitual normalmente, era atar a los reos con sogas...

Contradiendo todas las iconografías religiosas que conocemos, las palmas de las manos están intactas.

El hombre presenta múltiples golpes y contusiones, la nariz rota, el cartílago de la nariz aparece roto y desviado a la derecha, debido seguramente a una caída, pues se han encontrado restos microscópicos de tierra. Pómulo hundido con una destacadísima inflamación, en el resto de la cara encontramos diversas excoriaciones, especialmente en la mejilla derecha y la región frontal.

Y un sinfín de destrozos más, producidos no sólo por los latigazos sino por las palizas y el maltrato recibido con anterioridad a la crucifixión, aparecen marcas de patadas, puñetazos, gran cantidad de crueles y contundentes golpes propinados con palos, sobretodo el que produce el hundimiento del pómulo derecho, fue realizado de un golpe seco y contundente por una persona zurda”.

Mc 14, 65: "(algunos)... le daban bofetadas... y los criados le recibieron a golpes"; Mc 15, 19: "(los soldados) le golpeaban en la cabeza con una caña..."

“Un detalle más del sufrimiento padecido por el crucificado; un cuerpo de 70 kg, al quedar colgado por los brazos, la tensión que aguanta, que tira de cada brazo es superior a los 90 kg -es fácil de comprobar haciendo un simple problema de triangulación matemático- eso quiere decir que para poder tomar aire, tenía que hacer un sobreesfuerzo de elevación agarrándose, retorciéndose y girando las manos sobre los clavos, este movimiento le destrozaba el nervio mediano, produciéndole un dolor de paroxismo y por si fuera poco para ayudarse tenía que ponerse de puntillas sobre los pies -como una bailarina- recordemos que los pies también estaban clavados uno sobre el otro.

En fin, al estar colgado, el tórax está en todo momento espirando -soltando aire- y por la postura no puede inspirar -tomar aire-, como hemos visto, para poder hacerlo tenía que hacer un esfuerzo sobrehumano, con el martirio, cansancio y dolor que eso suponía... Cada vez que se agarraba a los clavos para poder tomar el aire, ese movimiento y fuerza que hacía le suponían unos tremendos calambres en las muñecas, como si recibiera una descarga eléctrica, con lo cual volvía a caer y a asfixiarse, la fatiga muscular llega y en ese momento el sujeto se desmorona y se asfixia, máxime si tenemos en cuenta el maltrato que ya traía de antes.”

“Sufrió tantas muertes cuantos instantes estuvo clavado”. (San Alfonso)

San Pablo luego de su “fracaso” en el Areópago (Hech 17,22), fue a Corinto. Dice Fulton Sheen que desde Atenas hasta Corinto habría ido Pablo pensando el porqué del fracaso y se habría percatado que no había hablado de la Cruz...

“Pues yo, hermanos, cuando fui a vosotros, no fui con el prestigio de la palabra o de la sabiduría a anunciaros el misterio de Dios, pues no quise saber entre vosotros sino a Jesucristo, y éste crucificado”. (1Cor 2,1-2)

Dice también Fulton Sheen que ninguna predicación le ha dado mayor fruto que la de la Cruz, aún en medio de jóvenes, aún en las universidades, etc. El sacerdote tiene que ser

expertos en este tema... porque también es la fuente de las vocaciones (y por tanto de la perseverancia en ella).

“Así, mientras los judíos piden señales y los griegos buscan sabiduría, nosotros predicamos a un **Cristo crucificado**: escándalo para los judíos, necedad para los gentiles; mas para los llamados, lo mismo judíos que griegos, un Cristo, fuerza de Dios y sabiduría de Dios”. (1Cor 1,22-24)

“Todos cuantos me ven de mí se mofan, tuercen los labios y menean la cabeza: ‘Se confió a Yahvé, ¡pues que lo libre, que lo salve si tanto lo quiere!’.” (Sal 22:8-9)

Rey de los judíos (Jn 19,19-22)

“Pilato redactó también una inscripción y la puso sobre la cruz. Lo escrito era: «Jesús el Nazareno, el Rey de los judíos.» Esta inscripción la leyeron muchos judíos, porque el lugar donde había sido crucificado Jesús estaba cerca de la ciudad; y estaba escrita en hebreo, latín y griego. Los sumos sacerdotes de los judíos dijeron a Pilato: «No escribas: ‘El Rey de los judíos’, sino: ‘Este ha dicho: Yo soy Rey de los judíos’.» Pilato respondió: «Lo que he escrito, lo he escrito.»”

Ultrajes (Mt 27, 39-44)

“Los que pasaban por allí le insultaban, meneando la cabeza y diciendo: «Tú que destruyes el Santuario y en tres días lo levantas, ¡sálvate a ti mismo, si eres Hijo de Dios, y baja de la cruz!». Igualmente, los sumos sacerdotes junto con los escribas y los ancianos se burlaban de él diciendo: «A otros salvó y a sí mismo no puede salvarse. Rey de Israel es: que baje ahora de la cruz, y creeremos en él. Ha puesto su confianza en Dios; que le salve ahora, si es que de verdad le quiere; ya que dijo: ‘Soy Hijo de Dios’» De la misma manera le injuriaban también los salteadores crucificados con él.”

El buen ladrón (Lc 23, 39-43)

“Uno de los malhechores colgados le insultaba: «¿No eres tú el Cristo? Pues ¡sálvate a ti y a nosotros!». Pero el otro le respondió diciendo: «¿Es que no temes a Dios, tú que sufres la misma condena?. Y nosotros con razón, porque nos lo hemos merecido con nuestros hechos; en cambio, éste nada malo ha hecho.». Y decía: «Jesús, acuérdate de mí cuando vengas con tu Reino.». Jesús le dijo: «Yo te aseguro: hoy estarás conmigo en el Paraíso.»”

Oscuridad (Lc 23, 44)

“Era ya cerca de la hora sexta cuando, al eclipsarse el sol, hubo oscuridad sobre toda la tierra hasta la hora nona”.

Dios mío... (Mc 15, 34-35)

“A la hora nona gritó Jesús con fuerte voz: «Eloí, Eloí, ¿lema sabactaní?», - que quiere decir - «¿Dios mío, Dios mío! ¿por qué me has abandonado?»

Al oír esto algunos de los presentes decían: «Mira, llama a Elías.»”

“Tengo sed” (Jn 19,28-29)

“Después de esto, sabiendo Jesús que ya todo estaba cumplido, para que se cumpliera la

Escritura, dice: «Tengo sed.» Había allí una vasija llena de vinagre. Sujetaron a una rama de hisopo una esponja empapada en vinagre y se la acercaron a la boca”.

Todo está consumado (Jn 19, 30)

“Cuando tomó Jesús el vinagre, dijo: «Todo está cumplido.» E inclinando la cabeza entregó el espíritu”.

En tus manos Padre (Lc 23, 46)

“Y Jesús, dando un fuerte grito, dijo: «Padre, en tus manos pongo mi espíritu» y, dicho esto, expiró”.

En sus llagas hemos sido curados

“«Cuando algún feo pensamiento me combate, voy me a las llagas de Cristo. Cuando el diablo me pone asechanzas, huyo a las entrañas de misericordia de mi Señor, y vase el demonio de mí. Si el ardor deshonesto mueve mis miembros, es apagado con acordarme de las llagas de mi Señor, el Hijo de Dios. Y en todas mis adversidades no hallé remedio de tanta eficacia como las llagas de Cristo; en aquéllas duermo seguro, y descanso sin miedo.» San Agustín. Lo mismo dice y experimentó San Bernardo, y experimentan todos aquellos que viéndose acosados de sus pasiones, como la cierva lo es de los perros, van con piadoso corazón a beber de aquellas fuentes sagradas del Salvador (Is., 12, 3), penosas para Él, y causadoras de gozo y fresco para nosotros”⁴. (SAN JUAN DE ÁVILA)

Sangre que purifica

“¡Oh Sangre hermosa de Cristo hermoso, que, aunque eres colorada más que rubíes, tienes poder para emblanquecer más que la leche! Y ¡quién viera con cuánta violencia eras derramada por los sayones, y con qué amor eras derramada del mismo Señor! Y ¡cuán de buena gana, Señor, extendías tus brazos y pies, para ser sangrado de brazo y tobillo, para remediar nuestra soltura tan mala, que en deseos y obras tenemos! Gran fuerza ponen contra Ti tus contrarios; mas muy mayor fuerza te hizo tu amor, pues que no ellos, mas él te venció”⁵. (SAN JUAN DE ÁVILA)

San Agustín⁶

¿Qué dejará de esperar de la gracia de Dios el corazón de los fieles, si por ellos el Hijo único de Dios, coeterno con el Padre, no se contentó con nacer como un hombre entre los hombres, sino que quiso incluso morir por mano de los hombres, que él mismo había creado?

Grande es lo que el Señor nos promete para el futuro, pero es mucho mayor aún aquello que celebramos recordando lo que ya ha hecho por nosotros. ¿Dónde estaban o quiénes eran los impíos, cuando por ellos murió Cristo? ¿Quién dudará que a los santos pueda dejar el Señor de darles su vida, si él mismo les entregó su muerte? ¿Por qué vacila todavía la fragilidad humana en creer que un día será realidad el que los hombres vivan con Dios?

Lo que ya se ha realizado es mucho más increíble: Dios ha muerto por los hombres.

⁴ SAN JUAN DE ÁVILA, *Audi Filia*, cap. 67.

⁵ SAN JUAN DE ÁVILA, *Audi Filia*, cap. 109.

⁶ De los sermones de SAN AGUSTÍN, obispo (Sermón Güelferbitano 3: PLS 2, 545-546).

Porque, ¿quién es Cristo, sino aquel de quien dice la Escritura: En el principio ya existía la Palabra, y la Palabra estaba junto a Dios, y la Palabra era Dios? Esta Palabra de Dios se hizo carne y acampó entre nosotros. Porque no habría poseído lo que era necesario para morir por nosotros, si no hubiera tomado de nosotros una carne mortal. Así el inmortal pudo morir, así pudo dar su vida a los mortales; y hará que más tarde tengan parte en su vida aquellos de cuya condición él primero se había hecho partícipe. Pues nosotros, por nuestra naturaleza, no teníamos posibilidad de vivir, ni él, por la suya, posibilidad de morir. Él hizo, pues, con nosotros este admirable intercambio: tomó de nuestra naturaleza la condición mortal, y nos dio de la suya la posibilidad de vivir.

Por tanto, no sólo no debemos avergonzarnos de la muerte de nuestro Dios y Señor, sino que hemos de confiar en ella con todas nuestras fuerzas y gloriarnos en ella por encima de todo: pues al tomar de nosotros la muerte, que en nosotros encontró, nos prometió, con toda su fidelidad, que nos daría en sí mismo la vida que nosotros no podemos llegar a poseer por nosotros mismos. Y si aquel que no tiene pecado nos amó hasta tal punto que por nosotros, pecadores, sufrió lo que habían merecido nuestros pecados, ¿cómo, después de habernos justificado, dejará de darnos lo que es justo? Él, que promete con verdad, ¿cómo no va a darnos los premios de los santos, si soportó, sin cometer iniquidad, el castigo que los inicuos le infligieron?

Confesemos, por tanto, intrépidamente, hermanos, y declaremos bien a las claras que Cristo fue crucificado por nosotros: y hagámoslo no con miedo, sino con júbilo, no con vergüenza, sino con orgullo.

El apóstol Pablo, que cayó en la cuenta de este misterio, lo proclamó como un título de gloria. Y, siendo así que podía recordar muchos aspectos grandiosos y divinos de Cristo, no dijo que se gloriaba de estas maravillas -que hubiese creado el mundo, cuando, como Dios que era, se hallaba junto al Padre, y que hubiese imperado sobre el mundo, cuando era hombre como nosotros-, sino que dijo: **Dios me libre de gloriarme si no es en la cruz de nuestro Señor Jesucristo.**

Juan (Jn 19, 25-27)

“Junto a la cruz de Jesús estaban su madre y la hermana de su madre, María, mujer de Clopás, y María Magdalena.

Jesús, viendo a su madre y junto a ella al discípulo a quien amaba, dice a su madre: «Mujer, ahí tienes a tu hijo.»

Luego dice al discípulo: «Ahí tienes a tu madre.». Y desde aquella hora el discípulo la acogió en su casa”.

ACTOS CONCLUSIVOS

Coloquio.

Ave María Purísima. Sin pecado concebida.